

DOCUMENTOS

El vocablo 'intelectual'

Por Pierre FOUGEYROLLAS

Se puede y hasta se debe deplorar que el adjetivo *intelectual* se haya sustantivado para designar indebidamente a un conjunto de personas que ni sociológica ni psicológicamente resultan definibles sin ambigüedad.

En efecto ¿dentro de qué fronteras se pierde esta calidad? Si lo intelectual se define en oposición a lo manual, ¿será entonces menester afirmar que el empleado de oficina, el comisario de policía son, con los mismos derechos que el escritor, el profesor y el cineasta, intelectuales?

Por lo contrario, si se define lo intelectual por una actividad específica generadora de productos específicos como libros, cuadros, obras musicales, etcétera, ¿será, pues, preciso excluir de la categoría de los intelectuales al maestro que se limita a transmitir un conocimiento?, ¿y no tendremos que admitir forzosamente que la actividad del militar (que en nuestros días se opone tan fácilmente a la del intelectual) se relaciona con la enseñanza y la ingeniería?

Todo nos induce a concluir que el sustantivo *intelectual* tiene un carácter vago e incierto y, sin embargo, debemos reconocer que el nacimiento y la utilización de este sustantivo no se deben a una pura y simple perversión del lenguaje.

La sociedad moderna ha transformado la actividad de la inteligencia especulativa, reflexiva y creadora —antaoño liberal— en actividad asalariada, a veces mercenaria, es decir, en una forma de trabajo social. Así pues, ¿cómo evitar hablar de profesiones intelectuales, de trabajadores intelectuales o, más simplemente, de intelectuales? En el momento en que la economía mercante absorbe la actividad de la inteligencia, aparecen los intelectuales, personajes sociales *reificados*, en quienes la inteligencia se ha convertido en instrumento de trabajo creador de productos para los mercados de libros, de cuadros, de composiciones musicales... A la era del mecenato sucede así la del mercado libre, acaso en espera de la época de la planificación cultural.

No queremos decir que nuestros intelectuales sean inferiores a sus ancestros de la Antigüedad y de la Edad Media; simplemente deseamos indicar que son diferentes, es decir, enajenados de manera diferente y obsesionados por otros problemas.

Se puede decir que esta nueva enajenación, como la del obrero, es una *reificación* mientras el intelectual queda limitado a una producción cuyos resultados concretos lo convierten en tal.

Libre de los mecenas y sometido a las leyes del mercado, el intelectual moderno (por otra parte, sólo existe —*stricto sensu*— el intelectual moderno) se adapta mal a la sociedad que lo convierte en lo que es. Los intelectuales tienden a formar, en reacción contra las inmoralidades, los arcaísmos y las irracionalidades de las sociedades existentes, un partido,

una *intelligentsia*, como se le ha llamado en Europa oriental y central. Este partido se proclama como el partido de la verdad, de la justicia y del honor del hombre; a veces, también, el partido de la utopía, de la desencarnación y de la impotencia.

Lo que hay de cierto es que, sintiéndose miembros de una república de las letras, los intelectuales no se integran a las repúblicas temporales sino pagando el precio de dificultades que jamás llegan a superarse completamente. Con la nostalgia de un utópico poder espiritual no logran definir, de manera estable, sus relaciones con el poder temporal.

Al intelectual como tal que pretende permanecer tal, cualquier inserción social y política resulta, a la larga, insoportable. Si se adhiere sin reserva a una causa, helo traicionando las exigencias de verdad y de universalidad que le son consustanciales; si reasume su libertad al haber transcurrido algún tiempo después de su adhesión, he aquí que los santurriones de la política le tratan de renegado; si rehúsa cualquier alianza y cualquier compromiso, helo tachado de asexualidad cívica. La mala fortuna del intelectual ante los demás y ante sí mismo se debe —se-

gún nosotros— a un desconocimiento (propio y por parte de sus semejantes) de su función social esencial. En efecto, si en calidad de especialista, el intelectual puede suministrar a la sociedad aportaciones *positivas* en su campo propio, si en calidad de simple individuo puede, como cualquier otro, contribuir *positivamente* a diversas empresas, no podría tener, como intelectual, sino una función específicamente *negativa*.

En épocas de opresión, encuentra, llegado el caso, comunidad de espíritu y de sentimiento con el pueblo en su conjunto, al participar en una lucha liberadora eminentemente oposicionista, es decir, negativa. Pero cuando desea, en nombre de la inteligencia, proponer soluciones positivas a los problemas sociales y políticos, la compromete con lo contingente de sus vivencias individuales, y pronto se convierte en trovador o en bufón de los poderes temporales.

Fuera de su propio campo de acción, el intelectual no puede sino rendir testimonio del poder negativo, antifetichista y radicalmente crítico del espíritu, o bien comportarse como una persona cualquiera entre otras semejantes.

El mesianismo de la supuesta clase intelectual es el principal enemigo de quienes reciben el nombre de intelectuales.

Hombre de pensamiento, el intelectual participa en una enajenación específica cuando quiere resolver los problemas de la acción como intelectual. Sin embargo,



"Fuera de su propio campo de acción el intelectual no puede sino rendir testimonio del poder negativo"

nos parece que, aparte de su retiro en la torre de marfil y de su ingreso en religión política, el intelectual contemporáneo dispone de otras actitudes posibles.

Al escribir estos principios pensamos en las enseñanzas de Max Weber y en su esmero por distinguir en el mismo hombre al sabio detentador de cierto número de resultados *teóricos* y al ciudadano presa de las incertidumbres de la *práctica* política, la cual, independientemente de esfuerzo alguno, sigue siendo una aventura en la que, menos que en cualquier otra, nadie tiene la seguridad de hacer cuanto dice ni de decir cuanto hace.

No se abstengan el poeta, filósofo, matemático, historiador, pintor, músico, sociólogo, biólogo, físico, economista, etcétera, de participar en la vida política. Pero participen sin creer que la autoridad de la poesía, de la filosofía, de las matemáticas, de la historia, o de cualquier otra disciplina garantiza, en cualquier campo, que su acción no correrá los riesgos de ineficacia, de perversión y de falta de autenticidad propias de los proyectos y empresas políticas.

En política, el especialista puede tener el papel de experto. Si quiere pasar de esta actitud a la de militante o de hombre de política, es menester que sepa que lo hace corriendo riesgos propios; dicho en otros términos, debe saber que en este campo, la relatividad científica y la universalidad humanista ceden la plaza a un *fiat* que es siempre, en cierta manera, irreparable, y a manifestaciones de las que el porvenir nunca habrá acabado de aclarar si se trata de verdades engañosas o bien de engaños verídicos. Por consiguiente, nos parece deseable que el intelectual no corra el riesgo de actuar políticamente como tal y que reconozca con vigor que su temperamento, sus vivencias y *prejuicios* constituyen, más que su cultura, su bagaje político.

Advirtamos, por otra parte, que si los intelectuales estuvieran en condiciones de proponer una política de la inteligencia y del hombre universal, ya no habría lugar a conceder valor alguno a los criterios democráticos. En efecto, ¿no sería menester hacer entrega de todo el poder en manos de esta aristocracia del espíritu, como en una república platónica?

Sin duda es necesario optar entre el ideal democrático y el mesianismo intelectual, y reconocer que, si bien a veces la inteligencia ha servido a la causa democrática, le ocurre también servirse de ella para tentar vanamente de sustituir los poderes tradicionales con su poder de casta.

Optando (por cualquier tipo de razones que sería demasiado largo exponer aquí) en favor del ideal democrático, creemos preferir la igualdad jurídica entre ciudadanos, al ilusorio privilegio del intelectual, en materia política.

En verdad, la conciencia intelectual es una *conciencia desdichada*, porque la salvación que contempla para el hombre universal implica medios de realización de los cuales no dispone. Por ello busca alcanzar la alianza de un brazo secular en la persona de los humillados y ofendidos, quienes no dejan de ceder el lugar a los comisarios políticos de cualquier tipo, a los cuales acaban sirviendo los intelectuales creyendo servir al hombre. El in-



"la actividad de la inteligencia pertenece a todos los hombres"

fortunio de la conciencia intelectual reside en la convicción ética de tener acceso a lo universal y de poder, a partir de ello, universalizar lo particular.

El intelectual no realiza su propia salvación sino cuando reconoce que la actividad de la inteligencia pertenece a todos los hombres en grados diversos y cuando asume al mismo tiempo la otra parte, la parte no intelectual que en él reside.

Si bien es cierto que no hay, por una parte, "primitivos" y, por otra, "civilizados" y que en cada hombre coexisten y se compenetran el primitivo y el civilizado, es menester admitir en todos la coexistencia y la compenetración del intelectual y del no intelectual.

Existen especialistas técnicos y culturales; empero, no hay, propiamente dicha, una especialidad intelectual. Y sin embargo, estancados en un simbolismo de casta, de capilla, de grupo o círculo de iniciados, cuando los creadores espirituales sufren lo que Marx llamaba "la degradante división del trabajo", se les juzga como intelectuales y ellos mismos declaran serlo. Aquí, por precaria que sea la ilusión lingüística desde el punto de vista antropológico, no es por ello menos consistente socialmente.

Así, nos encontramos ante lo que a la vez origina lo consistente y lo precario de la condición del intelectual. Intelectuales, sí, lo somos ante los ojos de los demás y —por decirlo así— bajo la mirada que la sociedad dirige hacia nosotros.

Entre nosotros mismos, sólo somos: los unos poetas, otros filósofos, matemáticos, historiadores, etcétera, es decir, quedamos claramente determinados, lo que no ocurre con el término de *intelectual*, que nos confunde con lo que no somos.

Si no creemos o bien si ya no creemos que la clase obrera sea un mesías colectivo del cual debe esperar su liberación el hombre contemporáneo, con mucha mayor razón ¿cómo hemos de creer que la clase intelectual —este fantasma de la imaginación social ideologizada— haya de representar papel semejante?

Bajo el nombre de *intelectuales* se designa a la enajenación en que nos sume la sociedad circundante e invasora. No añadamos una justificación y una racionalización ideológicas a la consistencia sociológica de esta enajenación.

Al igual que la condición proletaria no es un ideal sino un estado, de la misma manera la condición intelectual es una cierta petrificación de la existencia social y no el signo de un magisterio universal. El espíritu se dirige hacia donde desea o acaso hacia donde puede.

Sin duda alguna la *intelligentsia* tiene un papel importante en todas las ocasiones en que se trata de derrocar una tiranía y de destruir ídolos. Por ello, sus luchas contemporáneas contra el totalitarismo y el colonialismo revisten una gran importancia. Pero cuando la sociedad ha alcanzado una especie de nivel democrático mínimo (difícil de definir, reconozcá-

moslo), los intelectuales deben ser especialistas en sus campos de acción respectivos, y, en cuanto incumbe a la vida política y sus problemas, deben aceptar ser ciudadanos como los demás.

Ya es tiempo de que pierda el carácter de tema sagrado e intocable la cuestión de los intelectuales, porque considerar a los intelectuales como profetas implica tratarla con ánimo fetichista. Inversamente, el odio por los intelectuales es síntoma siempre inquietante de una mentalidad propicia a la opresión. Una de las manifestaciones decadentes del pensamiento moderno es la creencia en una vocación característica de los intelectuales, fuera de la actividad en que cada uno de ellos es competente y al margen de este

poder crítico del espíritu de que hemos hablado.

En realidad, con el vocablo intelectual se designa un hábito que puede ser un desecho, un uniforme o hasta una librea. Es evidente que la sociedad nos condena a no vivir desnudos; empero, no por ello hemos de hacerla responsable de la importancia que concedamos a nuestro hábito. Nos compete, pues, juzgar los alcances de la *intelligentsia* a la que pertenezcamos y también nos corresponde distinguir entre la intelectualidad —esfera separada de otras esferas— y la inteligencia, cuya posesión no se garantiza con ningún estado social.

Tomado de *Arguments*, París, IV trimestre de 1960.

—Traducción de Raúl Ortiz y Ortiz.

ARTES PLÁSTICAS

Joaquín Torres García

1. El pintor

Por Sergio BENVENUTO

I. DE LA NADA AL CLASICISMO

"... en Montevideo no había nada..." — pensaba Torres García, adolescente, antes de su partida hacia Europa. Y podríamos agregar: nada más que una tradición gauchesca moribunda, vacas, positivismo y las guerras civiles de una nacionalidad reciente y mal asentada. El modernismo, esa renovación, todavía no había acontecido.

Una vez en Cataluña —la tierra de sus padres— el joven Torres García pasó por la inevitable academia finisecular; pero luego practicó el impresionismo en una versión próxima a Toulouse Lautrec. Poco más tarde, cuando esas primeras experiencias se le revelaron insuficientes, Torres García hizo el primero de los varios "descubrimientos" de su vida: la cultura clásica.

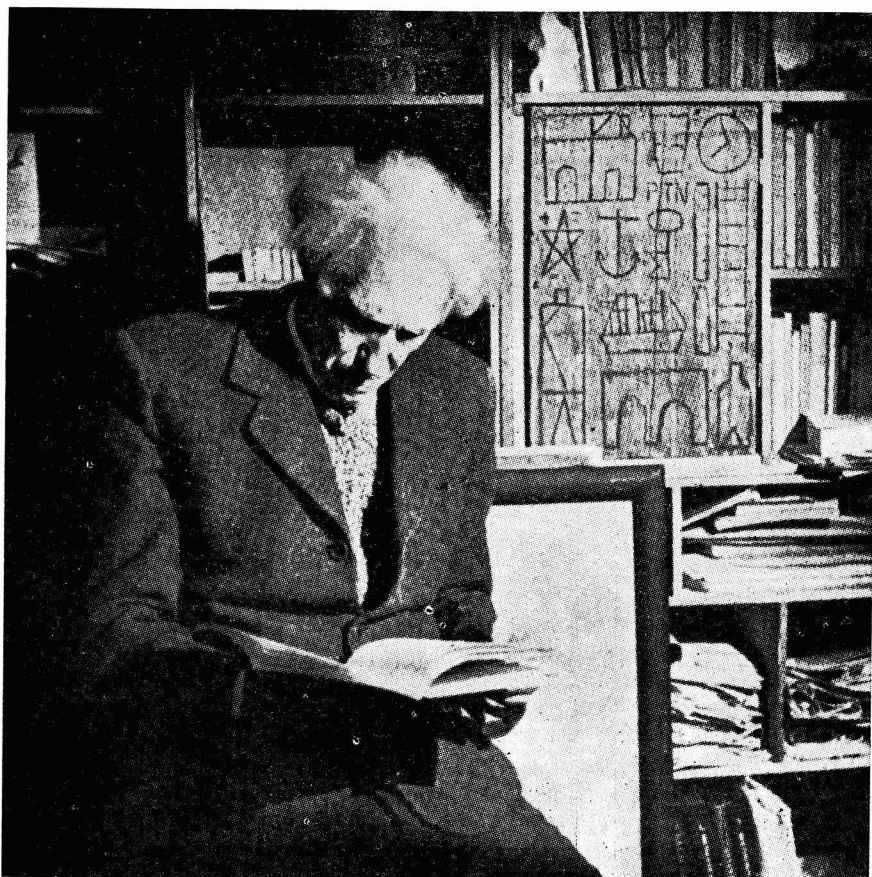
El encuentro con el arte y la tradición clásica (Platón le fascina) le comprometió desde el comienzo de su obra con las más remotas raíces de la cultura occidental. Ya desde 1900, el producto maduro de su encuentro será el "clasicismo mediterráneo", un apasionado ensayo para resucitar el tronco muerto y disgregado de la tradición antigua, insertándola en Cataluña. Torres, hasta casi sus cincuenta años, intentará actualizar y revivir esa tradición. Pintará, escribirá y polemizará, enseñando y trabajando incesantemente para consolidarla. Lo que para otros fue vacía imitación de modelos caducos o apático reconocimiento de los valores clásicos, para Torres no podía ser sino afán y trabajo. Era su modo, en el fondo ya muy europeo, de enfrentar simultáneamente la crisis finisecular y sus productos. Era, entre otras cosas, el repudio y la respuesta al positivismo naturalista, del cual no estaba totalmente liberado ni siquiera el propio impresionismo que, a juicio de Torres, era demasiado invertido y sensual, a la vez que sospechosamente triunfante. La primera ruta de Torres será, es cierto, una evasión nostálgica

ca que si bien tiene el antecedente de Puvis de Chavannes, ya le singulariza entre los grandes pintores europeos coetáneos, quienes sólo conocieron una mediocre enseñanza académica que pronto abandonaron por las innovaciones revolucionarias. La diferencia consiste en que Torres va mucho más lejos por el primer camino y remonta el curso de la tradición hasta sus fuentes, porque se descubre esencialmente comprometido en ella. El uruguayo no había nacido en el extremo inferior de la curva de una tradición clásica gastada, cuya decrepitud era patente en la insania de la misma enseñanza académica que pre-

tendía conservarla en vano, anodinamente, por una parte, y por otra en la revuelta crisis cultural de fin de siglo. Por el contrario, había nacido en una aldea silente y había descubierto de un solo golpe, recién llegado de la "nada" montevidéana, la deslumbrante fascinación de lo clásico (la misma que, después de todo, le conservó milenariamente vivo en la cultura occidental). Inevitablemente, Torres trataría de rescatar su esencia, que no se resignaba a ver desaparecer. En esas condiciones, este experimento no carecerá de un saldo positivo.

El "clasicismo" de Torres, ya desde entonces, es bien distinto de lo que aún hoy suele denominarse así. En primer lugar, si Torres es consciente de la importancia de una tradición, comprende la necesidad de *refrescarla originalmente* para hacerla vivir; en segundo lugar, preocupado por la esencia y no los caracteres más contingentes del clasicismo, Torres tiende a identificarlo con la noción de armonía y equilibrio, con la *estructura*. Está ya encaminado hacia los "valores formales", que desde un frente opuesto pero convergente, el de los sucesores de Cézanne, más tarde, habría de salirle al encuentro bajo la forma arquimoderna, compleja y revolucionaria del cubismo. Dicho en pocas palabras: *Torres es clásico pero no académico*, sabe de la necesidad de eludir a toda costa la copia y el pastiche. Está por eso mucho más cerca de lo moderno de lo que pudiera parecer a primera vista.

Por otra parte el clasicismo de Torres no tenía por fin exclusivo rechazar las innovaciones gratuitas o pueriles, los experimentos y rarezas a veces injustificados de algunos contemporáneos. No era tampoco solamente una manera de fidelidad a la representación real, que se hallaba a la sazón en retroceso. *Era también un repudio a toda forma de subjetivismo sensual o romántico*. Y los impresionistas, bajo una cierta óptica, eran eso. Pintores de la luz y la atmósfera, fueron el bri-



Torres García—"Prototipo del artista de una época crítica"